

ahora el referir individualmente los varios artificios del Demonio, y todo quanto han dicho los Padres contra el luxo, los adornos, la moda, el juego, los espectaculos, los banquetes, y las conversaciones libres, y provocativas; aunque en el tiempo de la pasion quiera decir el hombre, que nada de esto hace impresion en su corazon, no obstante, vencida ya la pasion, y buuelto el hombre à Dios, conoce muy bien, que la pasion no tenia otras armas mas poderosas, y que en todas estas ocasiones procuraba sofocar los remordimientos de la conciencia, y buscar el olvido de Dios.

Consiguientemente, el primer cuidado de una alma verdaderamente arrepentida, ha de ser el romper hasta los mas pequeños lazos que la tenian unida al pecado. Despues de haver renunciado à las delicias, no se la ha de ver hacer tanto caso de su cuerpo, que sienta el mal color de su rostro, ni buscar medios para reparar éste, y otros defectos, porque solamente debe temer al pecado: No se la ha de ver mudar su magnificencia en delicadeza, y manifestar al mismo tiempo que huye del vicio, que su corazon ama todavia el regalo, porque Dios no conoce penitencia delicada: No ha de buscar en el juego remedio à la ociosidad, porque la verdadera penitencia nunca es ociosa: No ha de mirar como punto de honor el guardar con sus antiguos amigos la correspondencia que antes, ni usar con ellos de las condescendencias que antes usaba, porque el que se hace amigo de Dios ha de abandonar muchos amigos, que solamente pueden entrar en el numero de los falsos amigos: No ha de afectar en las concurrencias que conserva, el mismo genio festivo que antes, porque decir graciosidades en las concurrencias, y suspirar en la presencia de Dios, es querer engañar al Mundo, y à Dios: No ha de presumir de su firmeza tanto, que buelva à acercarse al objeto, que fue ocasion de sus flaquezas, porque nunca estamos bastante

lexos de lo que una vez nos apartó de Dios: No ha de hacer caso del vano agradecimiento, que le mueva à conservar las cartas, y los retratos, porque aunque son mudos, todavia pueden hablar al corazon, y nunca se olvida suficientemente lo que en alguna ocasion nos hizo olvidar de Dios.

Lo mismo que Dios mandaba en otro tiempo à los Hebreos contra los Idolos, esto es, que los arrojasen al fuego, que aborreciesen el oro, y la plata, materias de composicion; que no permitiesen en sus casas ningunas reliquias de estas materias: *Neo inferes quidquam ex idolo in domum tuam.* (a) Que olvidasen hasta su memoria, y su nombre: *Non recordabitur ultra nominis eorum.* (b) Todo esto debe practicarse al pie de la letra contra los idolos de nuestro corazon. Estos vivian antes en él, y alli eran incensados, y adorados: alli les sacrificaba el hombre su alma, su honor, y su Dios; pues alli mismo deben perder la vida, y perder el lugar que alli ocupaban; y para que no les quede lugar alguno en el corazon, no les debe quedar tampoco en la memoria. De este modo se quitan las armas al Demonio vencido: *Universa arma ejus auferet in quibus confidebat.* Primera obligacion de precaucion.

Pero no basta suprimir simplemente aquellas disposiciones que os inducian al pecado, y que mantenian en vosotros el imperio del fuerte armado, es necesario, en segundo lugar, distribuir sus despojos, y esta es una obligacion de expiacion.

II. Examinad, amados oyentes mios, lo que antes os costaban vuestros placeres: todo lo ordenabais à ellos, en ellos empleabais vuestro talento, vuestro tiempo, vuestros cuidados, vuestra salud, y vuestros caudales: todo lo entregabais con prodigalidad à los objetos, à la aficion, y à los ministros de vuestras pasiones.

(a) Deuter. 7. 26. (b) Osee 2. 17.

Respecto de estos objetos, erais tan liberal, que dages-nerabais en pródigo; tan laborioso, que os olvidabais de vuestro descanso, y de vuestro sueño; tan generoso, que despreciabais la salud, y la vida; abandonabais todas vuestras obligaciones, y aun os olvidabais de vuestras mas precisas necesidades por entregaros absolutamente al Demonio de la sensualidad. Este tyrano de vuestro corazon cada dia se hacia mas insaciable, y no obstante, mirabais como placer el cuidado que teniais de contentarle.

Ya estais libres, un vencedor mas poderoso ha roto vuestro yugo; disfrutad vuestra victoria; quitad al vencido los robos que antes os havia hecho; despojadle para adornar con sus despojos à aquellos à quienes antes haviais sacrificado à su tyranía, y à su codicia; repartid esos despojos con los pobres, con vuestros acreedores, con vuestros hijos, con vuestros criados, con los Templos, con los Hospitales, con la caridad, con la religion, con vuestra alma, y finalmente con Dios. Veanse en todas partes los frutos de vuestra victoria, y de la mudanza de vuestro corazon; no seais menos liberal, menos activo, menos laborioso, ni menos pródigo de vuestra salud por el bien de vuestra alma, de lo que fuisteis antes por el amor à los deleytes.

¿Sería posible que reprehendieseis el camino de la rectitud, sin que el Mundo lo conociese? ¿Haviais de cercenar vuestros gastos superfluos, permaneciendo al mismo tiempo los pobres tan miserables en el tiempo de vuestro ahorro, como lo estaban en el de vuestra profusion? ¿Haviais de haver arreglado vuestra conciencia, sufriendo al mismo tiempo el desorden en vuestra casa? ¿Haviais de haver abrazado los caminos de la justicia, y no haviais de usar de ella para con vuestros acreedores? Haviendo antes pasado las horas, y los dias enteros à los pies de los idolos de vuestros sentidos, ¿haviais ahora de medir escrupulosamente el tiempo

tiempo que haveis de emplear en la oracion, en presencia de vuestro Dios? Ningun cuidado teniais de vuestra salud quando pasabais las noches enteras en los saraos, y en el juego, y despues que haceis profesion de servir à Dios, ¿haviais de ser delicados en la eleccion de viandas, y timidos en orden à vuestra salud? ¿Podria esto llamarse conversion sincera? ¿Son estos los despojos del enemigo, que se deben repartir despues de la victoria? *Et spolia ejus distribuet.*

Examinad la conducta de la Magdalena, quando se vió victoriosa de siete Demonios. ¿Qué hace de sus perfumes, y de sus adornos? Se los quita al Mundo, y los consagra à Jesu-Christo: derrama à los pies de su Libertador lo que antes empleaba prodigamente en vanidades escandalosas; no la asustan las vanas murmuraciones; oye sin alterarse à los que en su presencia dicen: *¿Ut quid perditio hæc? (a)* ¿De qué sirve esta profusion? Oh, Mundo ciego, è ignorante! Quando la veías disipar sus bienes por mantener el fausto de su pasion, entonces era quando havias de haver clamado, pero entonces la aplaudias, y alababas su magnificencia, ningun caso hacias de que padeciese la familia, ni de que se escandalizasen las personas de juicio; y ahora que esa persona, à imitacion de la Magdalena, emplea sus bienes en perfumar los pies del Salvador, esto es, en alimentar à sus pobres, y que despues de haver purificado sus bienes con las obras de justicia, los santifica con las obras de caridad, ¿no te edificas de verla que levanta à Dios un trofeo de los despojos de la iniquidad? ¿Puede hacer mas noble expiacion de los desordenes de su juventud? *Et spolia distribuet.*

III. En tercer lugar, el agradecimiento os obliga à servir à Dios, vuestro vencedor, con fervor, y sin division. Esto mismo os declara el Señor inmediatamente

(a) *Matth. 26. 8.*

que entra en vuestro corazon; el que no es enteramente suyo, está contra él: *Qui non est mecum, contra me est.* (a) Qualquiera que está con él, y no cuida de crecer incesantemente en merito, y en virtud, disipa, y pierde quanto antes havia juntado: *Et qui non colligit mecum dispergit.* Puede explicarse mas vivamente la necesidad que tiene una alma, unida à Dios por la penitencia, de cuidar de ser fervorosa?

Quanto mas grande, mas absoluto, y mas soberano es un Señor, mas siente ser servido con frialdad, è indiferencia; y mucho mas lo siente, quando esta indiferencia viene despues de haver recibido de él muy señalados beneficios. El mayor de todos los Soberanos es Dios; el mayor de todos los beneficios con que enriquece al hombre es la gracia de la conversion; y entre todos los auxilios que se ordenan à la conversion, el que saca al pecador de los abýsmos de la impureza es el mas extraordinario, y apreciable; por lo que en el pecador, que ha recibido esta gracia, se halla una obligacion muy particular para ser fervoroso, y mucho mas en este estado de conversion, que en el de su primera inocencia; porque en este estado se halla su corazon manchado con ciertos habitos viciados, que antes no havia adquirido; porque ha tomado cierto gusto, y cierta aficion al Mundo, que antes no tenia; porque en este estado debe portarse respecto de Dios, como un enemigo reconciliado, lo que no era antes; y asi en este estado debe procurar agradarle con mucho mas cuidado, pedirle con mas continuacion, y amarle con mas fervor, que en el estado de su juventud, quando todavia no havia perdido su inocencia. El que no es todo suyo, que no está con él, y que no vive unido à él, es contra él: *Qui non est mecum, contra me est.*

No obstante esto, Catholicos, hay en el Mundo

(a) *Luc. 11. 23.*

cierta ilusion, digna de lastima. Muchos quieren vivir bien con Dios, pero no quieren que esto se conozca: consienten en abandonar el vicio, y unirse à Dios, pero dicen que el darlo à entender al público, el abrazar los ejercicios devotos, y el apartarse de las compañías que antes frequentaban, es buscar el aplauso, y que con tal que el corazon esté entregado à Dios, ningun caso debe hacerse del exterior: estas ideas, Catholicos, son muy perniciosas. Quando el exterior no es de Dios, tampoco lo es el corazon; y con especialidad, quando el corazon, y el exterior han sido absolutamente del Mundo, es necesario entregar uno, y otro à Dios. Si despues de la conversion queda el exterior para el Mundo, muy presto atraerá al corazon convertido à Dios: *Qui non est mecum, contra me est.* No os portasteis de este modo quando os entregasteis al Mundo; todos lo supieron, y todos lo vieron; llegasteis à tal extremo, que os gloríabais de la culpa, ¡y ahora quereis avergonzaros de la virtud! No, Señores, si Baal es Dios, decia Elías, seguid à Baal, idos, en hora buena con sus Profetas, y adoradores. Pero si el Dios de Israel es el solo Dios verdadero, seguid al Dios de Israel, y seguidle publicamente. (a) Nadie os vea titubear ácia una, y otra parte; nadie pueda dudar de vuestra conducta; no os haga vuestra cobardia sospechosos à ambos partidos, à los mundanos, y à los virtuosos: distingaos tanto vuestro fervor en el camino de la virtud, como os distinguieron vuestros excesos en el del desorden. Sois deudores à Dios de este agradecimiento, y de esta fidelidad. Si no lo haceis asi, bolvereis à caer. De esto provienen, Catholicos, todas las recaídas; ¿y sabeis quáles serán vuestras desgracias en este deplorable estado? Oidlas en la tercera parte de este discurso.

(a) *1. Reg. 18. 21.*

TER.

TERCERA PARTE.

EL pecador que por medio de una sincera penitencia ha vencido la sensualidad, se hace desde luego objeto de todos los esfuerzos del Demonio; ningun caso hace el Demonio de otros mil esclavos fieles; à estos los mira como conquistas desagradables en comparacion de aquella de donde ha sido arrojado. En ninguna otra parte halla descanso: *Quærens requiem, & non inueniens*. No omite diligencia alguna de quantas pueden contribuir à restablecerle en su antigua morada: *Dicit, revertar in domum meam unde exivi.* (a) Desea entrar en ella con mas ansia, porque la vé aseada, y limpia: *Inuenit eam scopis mundatam, & ornatam.* Limpia con la penitencia, y adornada con muchas virtudes, ¿es posible, alma christiana, que hayas de dar lugar à este regreso del Demonio? Despues de haver hecho tantos juramentos de permanecer fiel à Dios, ¿ahora le has de negar la fidelidad? Si eres tan ingrata, y tan cobarde, te sucederán tres desgracias. Primeramente, caerás en el libertinage: *Et assumit septem alios spiritus, nequiores se.* En segundo lugar, caerás en la obstinacion: *Et ingressi habitant ibi.* En tercero, caerás en la desesperacion, è impenitencia final: *Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.* Oid atentamente, Catholicos, estas tres proposiciones.

Pocas veces sucede que el Demonio de la impureza buelva à entrar solo en el alma; regularmente lleva en su compañía otros siete Demonios mucho peores que él; esto es, otros pecados mucho mas enormes, los que antes no conocia el pecador: *Assumit septem alios spiritus secum, nequiores se*; porque en este infeliz estado, al que llama Tertuliano penitencia de la peniten-

(a) *Luc. II. 25.*

cia, esto es, arrepentimiento de haverse arrepentido, el impudico para mantener su recaída, y su segunda perversion, quiere persuadir à los mundanos la sinceridad de su regreso á ellos; quiere bolver à ganar su estimacion, y confianza; quiere sincerarse para con ellos de las sospechas de flaqueza, y de las manchas de cobardía, en que podia haver incurrido por haverse entregado algun tiempo à la devocion. ¿A qué excesos no le inducen estas ideas? Antiguamente havia guardado algun genero de comedimiento, ahora no guarda ninguno, no solamente para con los mundanos, sino tambien para con los justos; quiere el pecador relapso justificar su conducta, y hacerlos ver que tuvo razon para bolverse al Mundo, y abandonar el partido de la virtud; que esta es una quimera, la penitencia un fanatismo, la devocion hipocresía, y la religion un engaño; y que nada de esto equivale à un dia de placer en el Mundo; à esto se sigue la desvergüenza, el sacrilegio, la irreligion, y la impiedad; y todos estos vicios reunidos forman en muy poco tiempo el horrible monstruo llamado libertinage.

En todos tiempos ha havido una muy particular alianza entre la impureza, y la impiedad. Los Paganos, dice San Pablo, abusaron de su talento hasta usurpar al verdadero Dios los honores que le son debidos; y el fruto de su impiedad fue abrazar sin remordimientos todo genero de infamias: *In passiones ignominie.* (a) Entre los Christianos sucede lo contrario; estos empiezan abrazando la infamia, y despues por una natural inclinacion llegan hasta negar à Dios: *Non probaverunt Deum habere in notitia.* (b) Los Paganos, de la corrupcion del entendimiento pasaban à la del cuerpo; los Christianos, de la del cuerpo pasan à la del entendimiento, pero siempre van unidas. Ningun otro pecado rebela mas al hombre contra Dios, porque ningun otro

(a) *Rom. I. 26.* (b) *Ibid. I. 28.*

pecado se juzga mas digno de perdon; y consiguientemente, ningun otro procede con mas libertad contra los rigores de la divina justicia; ningun otro pecado sepulta mas al entendimiento en la carne, y en los sentidos; y consiguientemente, ningun otro le hace mas insensibles à las verdades espirituales, y eternas; finalmente, ningun otro pecado hace al hombre mas cobarde, mas tibio, ni mas impaciente del yugo de la religion.

Y à la verdad, ¿cómo es posible vivir entre estos terribles combates, viendo por una parte al corazon sepultado en el amor à los deleytes obscenos, y conociendo por otra, que hay un Dios, primer Autor, ultimo fin, testigo inevitable, Juez incorruptible, y vengador eterno? Un Dios que quiere ser él solamente amado, temido, y servido; que hay necesidad de confesarse, y de hacer penitencia; que hay un Infierno, y una eternidad, y que siempre los tenemos à la vista. ¿Cómo es posible, que un corazon cautivo, que muchas veces se ha librado de su cautiverio, y otras tantas vuelve à él, cómo es posible que sufra este peso de su religion, y de su fé? Mas facil es apagar la luz, ò à lo menos apartarla de de nosotros, afectando publicamente la incredulidad; y en esto consiste el libertinage. ¡Ah, Catholicos! Si durante toda vuestra vida haveis conocido à vuestro Dios, ya es muy tarde para que le negueis. Es muy dificil que podais negarle sin padecer remordimientos, pues estais conociendo, que solamente le negais porque le temeis; además de que os es inutil el negarle, porque vuestra infidelidad no le impedirá el ser vuestro dueño en la vida, en la muerte, y por toda la eternidad. Si nada de esto os asusta, es señal de que no solamente haveis caído en el libertinage, sino tambien en la obstinacion, por haver establecido su mansion dentro de vuestra casa todos estos siete Demonios: *Et ingressi habitant ibi*, que es la segunda desgracia de la impureza.

II. Facilmente se dexa conocer lo grave que es un mal

mal que ha degenerado en costumbre, y lo dificil que es el curarle: la recaída con especialidad confirma la costumbre, porque la recaída se hace con reflexion, y con plena deliberacion; añadid à la costumbre en el mal, el acostumbrarse tambien à los remedios, lo que es causa de que estos se hagan inutilés. "Haveis gustado, dice »San Pablo, el don celestial; haveis participado del Es- »piritu Santo; haveis oido la divina palabra, y las ma- »ravillas del siglo futuro; esto es, haveis experimenta- »do las impresiones de la gracia, y los efectos de los »Sacramentos: despues de esto haveis recaído en vues- »tras antiguas flaquezas; pues es dificil, y aun casi im- »posible, dice el Santo Apostol, que la penitencia pro- »duzca en vosotros su efecto: *Impossibile est rursus re- »novari ad pœnitentiam.*" (a) Añadid à esta costumbre de los remedios, el habito de abusar de ellos: no solamente usa de ellos inutilmente el pecador relapso, sino que abusa de ellos, los aborrece, y los desprecia. Ya no queda, pues, para vosotros medio alguno de expiar los pecados, porque haveis profanado todo quanto podia conducir à esta expiacion: *Jam non relinquitur hostia pro peccatis.* (b)

Acostumbrados al mal, à los remedios, al desprecio, y al abuso de los remedios, insensibles à todo, permanecereis tambien insensibles à vuestra obstinacion. Esta la está viendo todo el Mundo con grande infamia vuestra: se os oye burlaros de los ejercicios de la religion, censurar à los que viven sujetos à ellos, mirar con compasion la sencillez de los justos, despreciar sus consejos, tenerlos por imprudentes, juzgar que vuestro talento es superior al de todos los demás, y afectar en este estado deplorable una perfecta tranquilidad. Pues, amados oyentes mios, ¿quién os ha de curar? ¿Quién os ha de sacar de vuestra obstinacion? ¿Por ventura los sabios? Estos nun-

(a) Hebr. 6. 4. (b) Hebr. 10. 25.

nunca se acercan à vosotros: en este estado os hallais poseidos de siete Demonios; una multitud de espiritus malignos se han apoderado de vuestro entendimiento, y se han hecho dueños de él: *Ingressi habitant ibi*. ¿Quién podrá libraros de ellos? ¿Acaso la voz de Dios, sus reconvenciones, sus amenazas, vuestras reflexiones, vuestros remordimientos? Pero ah, que apenas dais oídos à estos remedios, quando al mismo tiempo está vuestro corazón lleno día, y noche de las mas obscenas ideas! ¿Os parece que la gracia, despues que la haveis recibido, y arrojado tantas veces, se abrirá un nuevo camino para introducirse en vuestros corazones? No lo esperéis; las pasiones son vuestros tyranos, y vosotros sois sus esclavos: *Ingressi habitant ibi*. Todavía resta otra desgracia mayor que las antecedentes, y es la desesperacion de la eterna salud: *Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus*.

III. Os extremeceis, Catholicos, al oír esta proposicion; pues sabed que nada pondero. Es verdad que mientras el hombre está en el camino, y en la vida, no debe desesperar por grande pecador que sea; pero tambien lo es, que si espera al fin, y al ultimo momento; si llega hasta este termino con sus costumbres escandalosas, las llevará consigo hasta el Infierno. Ponderad en hora buena la misericordia de Dios, y la virtud de los Sacramentos, que yo puedo aseguraros que he visto muy pocos impudicos penitentes en la hora de la muerte; he visto, sí, muchos hipocritas, y muchos desesperados; y aun puede ser que vosotros hayais visto en aquella hora algunos Atheistas; pero no, lo que sí haveis visto será muchos hipocritas de la impiedad; porque asi como hay hipocritas, que por interés, ò respeto humano ocultan su impiedad bajo las exterioridades de una fé aparente, asi tambien hay muchos que por soberbia ocultan al tiempo de morir los remordimientos de la fé que los despedazan, cubriendolos con la mas-

ca-

cara de la impiedad: pero estos hipocritas de la impiedad, que remedan à los Atheistas, no son en la realidad otra cosa mas que Christianos desesperados. ¡Christianos desesperados! ¡Ah, qué union ésta de qualidades opuestas entre sí! El hombre impuro ha empleado toda su vida en formar esta detestable union; ¿pues cómo podrá romperla en el instante de la muerte? A esto se oponen dos reflexiones, el conocimiento que tiene de la malicia de su corazón, y el conocimiento del desprecio que ha hecho de Dios.

Hasta entonces el pecador havia esperado, para arrepentirse, los socorros del tiempo, de la vejez, y sobre todo de la gracia de Dios; pasó el tiempo, y no llegó el arrepentimiento; vino la vejez, y no llegó el arrepentimiento; llamó la gracia, y no llegó el arrepentimiento. Ya estamos en la hora de la muerte; ya es preciso arrepentirse ahora, ò nunca. Pues nunca, Catholicos, nunca; ¿y por qué? Porque entonces conoce el pecador que todas sus expresiones son forzadas; no vé al rededor de sí mas que rostros desagradables, Sacerdotes, y personas desconocidas, à las que antes havia mirado con desprecio; estos le instan à que piense en su salvacion; le manifiestan el peligro en que se halla; à esto se añade el respeto del Mundo, las lagrimas de los parientes, y las instancias de la familia; todos gimen, y lloran; por ultimo el pecador cede à su importunidad; levanta los ojos al Cielo, invoca à su Criador, y se entrega à las ceremonias de la Iglesia. ¡Ah, Catholicos! ¿Qué caso haceis de este arrepentimiento forzado, y de esta fria condescendencia? ¿Qué caso os parece que hace él mismo? ¿Podrá menos de conocer, que el objeto de su dolor no es el haver pecado, sino el no poder pecar mas? ¿Que aquellos actos de amor de Dios que le arrancan de su boca, ò que muchas veces él dexa pronunciar al Sacerdote sin oírle, se hallan desmentidos por su silencio, y por su indiferencia, y mucho mas, por el afec-

afecto que todavía conserva al Mundo, y à los infames deleytes? Todos sus suspiros se dirigen ácia aquel Mundo que se le huye, y ácia aquellos placeres que agonizan, y no ácia aquel Dios terrible, à quien los asistentes procuran ordenarlos: una prueba convincente de las disposiciones con que se halla es aquella ansia que manifiesta de vivir: un pecador verdaderamente convertido teme la vida como escollo de su salvacion; aborrece todos los bienes que le unen à la tierra, y desea unirse quanto antes con su Dios; por el contrario el hombre sensual, quanto mas se acerca à Dios, mas amor tiene à los lazos que le unen à la tierra. De esto proviene el abrazar con tanto gusto las esperanzas que le dan de su salud, y aquella obstinacion en no convertirse à Dios hasta haver perdido toda esperanza de vida. ¿Es posible, ò pecador, que si te restan todavía dos horas de vida, no has de pensar en Dios? ¿Es posible, que si no te resta mas que una, te has de acordar de Dios solamente, porque esta es la ultima hora de tu vida? ¿Y cómo te acuerdas entonces?

¡Ah, si en aquella hora pudiera tener el pecador una plena confianza en la misericordia de Dios! Pero el conocimiento que tiene del desprecio que de ella ha hecho, apaga esta confianza, y consume su desesperacion; ponle delante de sus ojos à su Salvador, clavado en una Cruz; ¿pero qué ideas producirá en él este objeto? ¿No está viendo en aquellas espinas, en aquellos clavos, en aquel rostro ensangrentado, y deshecho, la condenacion de sus infames sensualidades? Este es el modelo, dirá, al que yo debiera parecerme; este es mi Salvador, à quien yo he despreciado; esta es la Sangre que yo he profanado; este es el Juez à quien he ultrajado. ¡Qué motivos estos de confianza, Catholicos! ¡Qué reflexiones estas tan tristes! Se le dice al moribundo que tenga esperanza, que se arroje à los brazos de Dios, que su misericordia es infinita, y que esta es solamente para los

los pecadores. Todas estas expresiones son muy buenas para un corazón acostumbrado à la confianza, y amante de su Dios, y que en medio de sus fragilidades siempre ha conservado la veneracion que es debida à la religion; pero un pecador obstinado por las recaídas, acostumbrado à abusar de los Sacramentos, y à burlarse de la religion, que ha llegado à la hora de la muerte, sin temer à Dios, ni à su justicia, se siente muy poco enternecido con las ideas de la misericordia; conoce con claridad lo que ha sido, lo que es, y lo que merece ser; se halla muy penetrado de esta terrible idea; si este Dios es Dios, yo estoy condenado. ¡Terrible conclusion, Catholicos! Pues esta es la conclusion de la vida impura; esta es la de todos aquellos à quienes haveis visto llegar con sus escandalos, y desordenes hasta el fin de sus días; y esta será la vuestra indefectiblemente, si continuais imitandolos. Examinad de buena fé los progresos que haveis hecho en el camino de la perdicion; los peligrosos extremos à que os han reducido vuestras pasiones, y como cada dia os haceis mas insensibles al peligro de vuestra salvacion. Todo esto os parece nada por ahora, pero al fin conoceréis vuestra miseria, y lo diferentes que serán vuestros ultimos instantes de los presentes: *Novissima pejora prioribus*. Convertiros à Dios desde este instante; ahora que está entera vuestra libertad, y que la necesidad no os impone ley alguna; desde ahora debéis empezar à expiar vuestros pecados con una verdadera penitencia; y vosotras tambien, ò almas puras, debéis desde ahora cuidar con el mayor esmero de huir de los peligros de la seduccion, pidiendo todos à nuestro gran Dios, que como dueño absoluto de la pureza, nos la conserve, ò nos la restituya por su gracia. Amen.